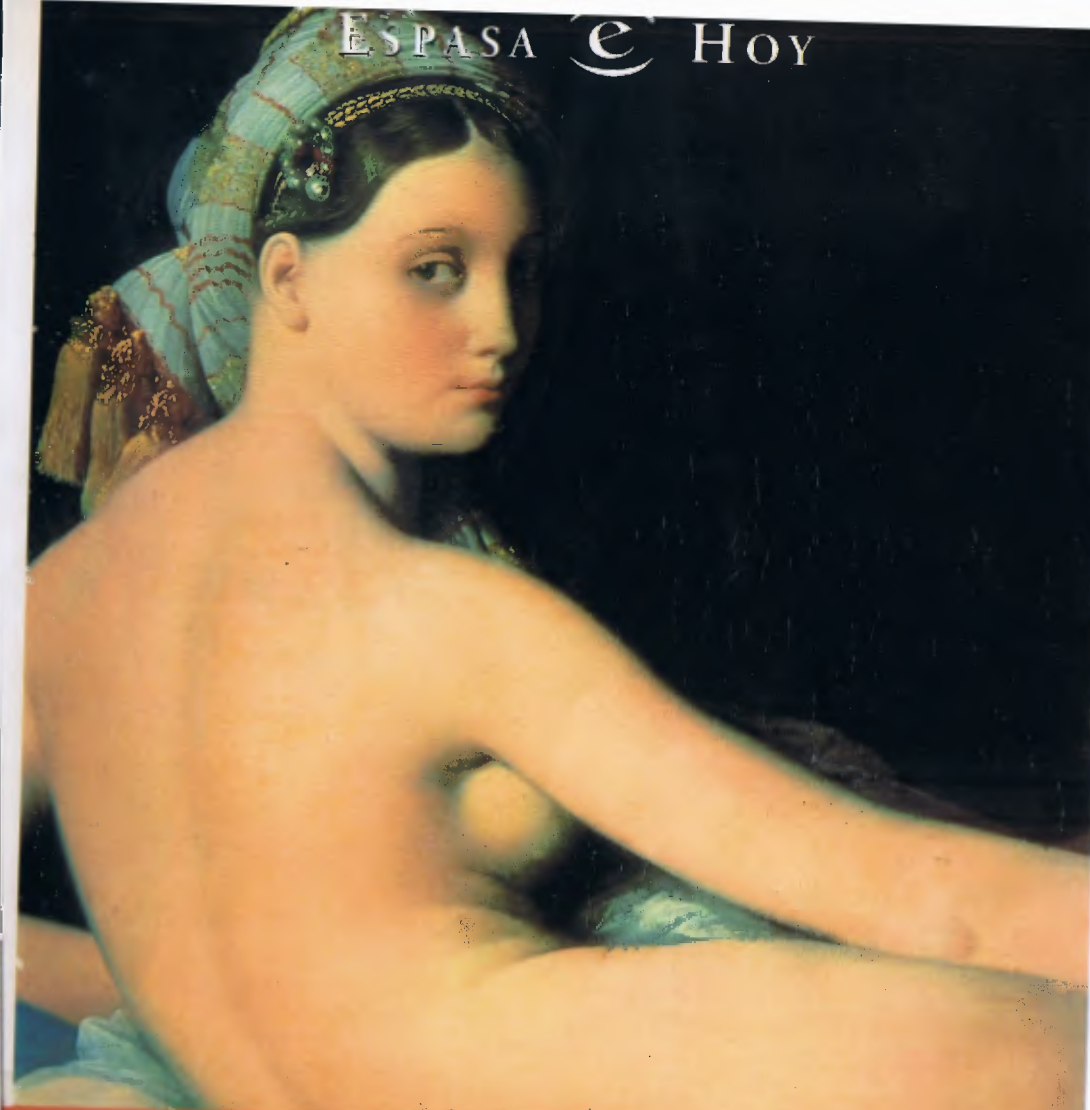


ESPASA e HOY



EL HARÉN EN OCCIDENTE

Fatema Mernissi

396
MER
har

Fatema Mernissi

EL HARÉN EN OCCIDENTE

R. 660 325 108


ESPASA

ESPASA © HOY

© Fatema Mernissi, 2000
© Espasa Calpe, S. A., 2001

Título original: *Scheherazade goes West, or: The European Harem*
Traducción del inglés: Inés Belaustegui Trías

Diseño de la colección: Tasmanias
Ilustración de cubierta: Jean-Auguste-Dominique Ingres, *La gran odalisca*, 1814. Museo del Louvre, París (Archivo Espasa Calpe)
Foto de la autora: Ruth V. Ward
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 7.651-2001
ISBN: 84-239-5463-3

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

ÍNDICE

1. LA FÁBULA DE SHEREZADE: LA MUJER DEL VESTIDO DE PLUMAS.....	9
2. ¡EL HARÉN A LA OCCIDENTAL ES UN SITIO MUY SENSUAL!	21
3. SIN NOVEDAD EN EL FRENTE (DEL HARÉN) OCCIDENTAL	39
4. LA SHEREZADE MUSULMANA, O EL CEREBRO COMO ARMA ERÓTICA MÁS PODEROSA DE UNA MUJER	53
5. SE ACABÓ SHEREZADE	73
6. EN OCCIDENTE LAS MUJERES INTELIGENTES SON FEAS	93
7. EL HARÉN DE JACQUES: BELLEZAS SIN VELOS PERO MUDAS	115
8. MI VISIÓN DEL HARÉN ÁRABE: HARÚN AL-RASID, EL CALIFA SENSUAL	137

9. EL «MAJLISS», O EL PLACER COMO RITUAL SAGRADO..... 151
10. EN LA INTIMIDAD DE UN HARÉN A LA EUROPEA: EL DE MONSIEUR INGRES 167
11. MUJERES «SEXY» EN LAS MINIATURAS MUSULMANAS: LA AGRESIVA SHIRIN A LA CAZA DEL AMOR..... 189
12. EL PASATIEMPO FAVORITO DE LA PRINCESA NURJAHAN: ¡CAZAR TIGRES! 215
13. EL HARÉN DE LAS MUJERES OCCIDENTALES ES LA TALLA 38..... 237

1

LA FÁBULA DE SHEREZADE: LA MUJER DEL VESTIDO DE PLUMAS





Si alguna vez coincidiéramos en el aeropuerto de Casablanca, o a bordo del *ferry* de Tánger, probablemente pensaría usted al verme que soy una persona segura de sí misma. Pues la verdad es que no lo soy. Todavía hoy, a mi edad, me asusto ante la perspectiva de tener que cruzar una frontera. Me aterra no entenderme con la gente del país. «Viajar es la mejor manera de aprender y de hacerte más fuerte», me dijo un día mi abuela Yasmina, que era analfabeta y había vivido en el seno de un harén, el hogar tradicional en el que las mujeres tenían prohibido franquear las puertas, cerradas a cal y canto. «Cuando conozcas a un extranjero, debes poner toda tu atención para tratar de entenderle. Cuanto mejor entiendas a un extraño y mejor te conozcas a ti misma, te conocerás más y serás más fuerte.» Para Yasmina el harén fue una prisión, un mundo en el que se les negaba a las mujeres el derecho a salir. Para ella viajar y tener la oportunidad de cruzar fronteras era algo así como un privilegio sagrado, la mejor ocasión para dejar de sentirse débil y vulnerable. En Fez, la ciudad medieval de mi infancia, corrió de boca en boca la noticia de unos maestros cultivados en las enseñanzas sufíes que dedicaban todos sus esfuerzos a aprender de los extranjeros que iban conociendo a lo largo de la vida, gracias a lo cual tenían unas revelaciones extraordinarias (*lawami'*) y aumentaban su sabiduría a gran velocidad.

Con motivo de la promoción de mi libro *Dreams of Trespass*, que apareció en 1994 y fue traducido a veintidós idiomas, tuve que visitar diez ciudades occidentales. Me entrevistaron más de cien periodistas y pude comprobar que, cada vez que pronunciaba la palabra harén, la mayoría de

los hombres sonreía. Aquella reacción me desconcertaba. ¿Cómo puede nadie sonreír cuando se menciona una palabra que es sinónimo de prisión? Para Yasmina el harén implicaba una merma cruel de sus derechos, empezando por el «derecho a viajar y descubrir el planeta hermoso y complejo de Alá», como ella misma solía decir. Según su modo de ver la vida (que más tarde identifiqué con el de los sufíes, los místicos del islam), tendría que superar aquel sentimiento inicial de extrañeza y disponerme a aprender de aquellos extranjeros, que evidentemente daban un significado diferente a la palabra harén. Al principio me costó transformar mis sentimientos negativos en un estado emocional positivo, más propicio al aprendizaje. Empecé a pensar si, por mi edad, no estaría perdiendo la capacidad de adaptarme con rapidez a situaciones nuevas. Me daba pánico volverme intransigente, incapaz de asumir imprevistos. Pero nadie se dio cuenta del estado de ansiedad que me acompañó durante la gira promocional, pues lo disimulaba con mi enorme brazaletes bereber de plata y el pintalabios rojo de Chanel.

Si una quiere aprender algo durante un viaje, tiene que aprender a captar mensajes. «Tienes que cultivar el *isti'dad*, la capacidad de reacción», me susurraba Yasmina al oído en tono confidencial, como queriendo que no se enteraran los que, según ella, no eran merecedores de conocer la sabiduría sufí. «El valor máspreciado de un forastero es su diferencia. Si te concentras en lo divergente, en lo diferente, captas algo nuevo», añadía antes de recordarme que era necesario mantener en secreto el entrenamiento: «*Teqiyeh*, secreto, así se llama el juego. ¡Acuérdate de lo que le pasó al pobre Hallaj!» En el año 915 la policía abasida arrestó a Hallaj, un conocido sufí, por proclamar públicamente en las calles de Bagdad algo que debía haber mantenido en secreto: «Yo soy la Verdad» (*Ana I'haq*). Como la Verdad es

uno de los nombres de Dios, Hallaj fue declarado hereje. El islam insiste en separar de modo tajante lo divino y lo humano, pero Hallaj creía que si te concentras en amar a Dios desde tu condición humana es posible confundirse con el propio objeto del amor, es decir, la divinidad misma. En efecto, Hallaj se declaró hecho a imagen y semejanza de Dios, con lo que perturbó la rutina de la policía abasida, pues al arrestarle estaban agrediendo a Dios mismo¹. Murió en la hoguera en marzo de 922. A mí me parece que siempre es preferible seguir con vida, así que hice caso a Yasmina y decidí mantener en secreto absoluto mi intención de utilizar los viajes a modo de aprendizaje. A medida que fui creciendo, también lo hizo mi deseo de llevar a cabo su sueño, hasta el punto de que ahora siento verdadero pánico cada vez que cruzo una frontera. A lo largo de mi infancia, Yasmina siempre me decía que era normal que una mujer sintiera pánico si tenía que atravesar un océano o un río. «Cuando una mujer decide usar sus alas, se enfrenta a grandes riesgos.» No solo estaba convencida de que las mujeres tenían alas, sino también de que dolía no usarlas. Yo tenía trece años cuando murió. Se supone que debía haber llorado, pero no lo hice. «La mejor manera de recordar a tu abuela —me dijo en el lecho de muerte— es que mantengas la tradición de contar mi fábula preferida de Sherezade, la de “La mujer del vestido de plumas”.» Me aprendí aquella fábula de memoria. El mensaje principal es que todas las mujeres deberían vivir su vida como si fueran nómadas. Deben mantenerse alerta y estar siempre listas para marcharse, incluso cuando son amadas. Y es que, al menos según dice

¹ También incomodó a la policía abasida con otro de sus dichos famosos: «Yo soy aquel a quien amé, y ese que yo amé es yo mismo.» Al insistir en ello, Hallaj le creaba a la policía un auténtico problema, pues si los seres humanos estaban hechos a imagen de Dios, iba a formarse un jaleo enorme si le detenían.

esta fábula, el amor puede hundirte y se puede convertir en una prisión.

A la edad de diecinueve años, cuando cogí el tren para ir a inscribirme en la Universidad Mohamed V de Rabat, crucé una de las fronteras más peligrosas de mi vida, la que separa Fez, mi ciudad natal (un centro religioso, de trazado laberíntico, del siglo IX), y Rabat, una capital moderna de fachadas blancas, que se abre a las olas del Atlántico. Me asustaron tanto las anchas avenidas de Rabat que no podía ir a ninguna parte sin Kemal, un compañero de estudios que casualmente venía de mi mismo barrio de Fez. Kemal no dejaba de repetirme que se sentía confuso respecto a mis sentimientos hacia él. «A veces me pregunto si me amas o si solo me necesitas como protección frente a los miles de hombres que acuden de todo Marruecos para inscribirse en la universidad igual que nosotros.» Lo que me molestaba de Kemal era su increíble habilidad para leerme el pensamiento. Y una de las razones por las que me gustaba era que se sabía de memoria la fábula de Yasmina. Sin embargo, su versión era la versión oficial recogida en el libro de *Las mil y una noches*. Un día me dijo que las analfabetas como Yasmina eran más subversivas que las mujeres cultivadas, porque había introducido en la fábula dos distorsiones heréticas. «Como se valía de la técnica del cuentacuentos, es decir, del medio oral, logró escapar a la censura.» A lo largo de la historia del islam, la tradición oral supo siempre esquivar el poder de los gobernantes despóticos.

La primera distorsión que introdujo Yasmina fue feminizar el título de la fábula. En *Las mil y una noches* se titula «La fábula de Hasán al-Basri», nacido en la ciudad de Basora, al sur de Iraq, en la encrucijada entre el Mediterráneo y las rutas del comercio que llegaban hasta China. La fábula que yo heredé de Yasmina se titulaba «La mujer del vestido de plumas». La historia comienza en Bagdad, a la sazón ca-

pital del imperio musulmán. Desde allí el apuesto Hasán, un joven en bancarrota que había dilapidado su herencia en vino y compañías galantes, zarpó rumbo a unas islas extranjeras para amasar su propia fortuna. Una noche, mientras miraba absorto la mar desde una terraza elevada, le llamaron la atención los bellos movimientos de un ave que se había posado en la playa. De repente, el ave se quitó lo que resultó ser un vestido de plumas y surgió una mujer muy hermosa, desnuda, que echó a correr hacia el agua y se zambulló entre el oleaje. «[...] sobrepujaba con su belleza a todos los seres humanos. Tenía una boca que parecía el sello de Salomón; [...] labios que parecían de coral y dientes alineados como perlas engarzadas en un collar de oro; [...] el vientre tenía pliegues y rincones [...]. Los muslos eran llenos y redondos como si fuesen columnas de mármol»². Pero lo que más llamó la atención de Hasán al-Basri era lo que tenía aquella belleza desnuda entre las piernas: «Al volver la vista contempló a la muchacha [...], que estaba desnuda y descubrió entre sus muslos una cúpula magnífica, redondeada, con cuatro pilastras: parecía un tazón de plata o de cristal...»³.

² En la versión árabe original de *Hikayat alf lila wa lila*, al Maktaba achcha'biya, vol. III, pág. 383. [La autora menciona la traducción al inglés que llevó a cabo Richard F. Burton: *The Book of the 1001 Nights and a Night*, publicado por The Burton Club for Private Subscribers, Londres, 1886, vol. III, pág. 33. Para la traducción castellana se ha utilizado: *Las mil y una noches*, traducción, introducción y notas de Juan Vernet, 1998, Editorial Planeta, Barcelona. vol. II, pág. 851: «Historia de Hasán de Basora, el orfebre».

De la versión que hizo Burton, Jorge Luis Borges seleccionó varias fábulas y las tradujo al castellano: «*Las mil y una noches*», según Burton, selección y prólogo de J. L. Borges, La Biblioteca de Babel, Siruela, Madrid. Sin embargo, la fábula que transcribe la autora no está entre la selección mencionada. (N. de la T.)

³ En la versión árabe original de *Hikayat alf lila wa lila*, al Maktaba achcha'biya, vol. III, pag. 383. En *The Book of the 1001 Nights and a Night*, de Burton, ob. cit., pág. 33. [En la traducción de Juan Vernet, ob. cit., pág. 850. (N. de la T.)]

Loco de amor, Hasán le robó el vestido de plumas y lo enterró en un nicho secreto. La bella, despojada de sus alas, se convirtió en su cautiva. Hasán la desposó, la cubrió de sedas y piedras preciosas y, cuando ella le dio dos hijos, relajó sus tiernas atenciones para con ella y supuso que nunca más volvería a pensar en volar. Así pues, empezó a hacer largos viajes con la intención de aumentar su fortuna. Pero un día, al regresar, descubrió para su sorpresa que ella nunca había dejado de buscar su vestido de plumas y no había dudado en echar a volar en cuanto lo hubo encontrado. «[...] colocó a sus hijos en su seno, se metió dentro y, por un decreto de Dios Excelso y Todopoderoso, se transformó en un pájaro. [...] La princesa empezó a balancearse, a andar, bailar y jugar»⁴. Extendió las alas y, justo antes de emprender con sus dos hijos el peligroso viaje, sobrevolando ríos profundos y océanos turbulentos para regresar a su isla natal de Waq, dejó un mensaje para Hasán: Podía reunirse con ella si tenía el coraje de viajar hasta allí. En aquella época, igual que hoy, nadie sabía dónde se encontraba esa misteriosa isla de Waq, símbolo de exotismo remoto. Los historiadores árabes como Mas'udí, que escribió *El prado dorado* en el siglo IX, la situó al este de África, más allá de Zanzíbar. Marco Polo describe la isla de Waq como la tierra de las Amazonas, que gobernaron la «Isla de las Mujeres» de Socotra⁵. Otros identifican la isla de Waq con las Seychelles, Madagascar o Malaca. Hay quien la sitúa en China, y otros, finalmente, en Indonesia (Java)⁶. Lo único cierto era la ubicación de Basora, la ciudad natal de Hasán, en el este de Iraq. Fue «el centro principal desde el que se extendió el Imperio Celestial durante

el mandato de la dinastía Tang», que gobernó China durante el siglo VII⁷.

La segunda distorsión subversiva, según decía Kemal, que Yasmina había introducido en su versión oral, era el final triste. En la historia que contaba mi abuela, Hasán no lograba recuperar a su mujer y a sus hijos. Buscó la isla para dar con su esposa alada, pero no pudo encontrarla. En el libro de *Las mil y una noches*, tal como lo escribieron los hombres, Hasán vaga por los océanos durante meses y consigue encontrar a su mujer y a sus hijos, y los lleva consigo de nuevo a Bagdad, donde vivieron felices por siempre jamás. Kemal me decía que los hombres sienten una atracción irresistible hacia las mujeres independientes y se enamoran perdidamente de ellas, pero viven con el miedo de ser abandonados, y por eso era por lo que rechazaba las variaciones que Yasmina había introducido en la fábula. «Acabar el cuento como lo hacía tu abuela rebelde, es decir, insistiendo en el privilegio de toda mujer de abandonar al marido que debe ausentarse por largos viajes de negocios, no ayuda mucho a las familias musulmanas a mantenerse unidas, ¿no te parece?». Cada vez que yo quería acudir sola a una invitación o bien emprender una excursión por mi cuenta, Kemal me demostraba sus celos a su modo preferido: atacando a Yasmina y culpándola de los problemas familiares de Hasán. Siempre me salía con que ojalá estuviéramos aún en la Bagdad medieval, en la época en que los hombres podían encarcelar a las mujeres en los harenes. «¿Por qué crees tú que nuestros antepasados musulmanes construían palacios amurallados con jardines interiores para tener encerradas a las mujeres? —me preguntaba una y otra vez—. Sólo los que se sienten tan desesperadamente frágiles y están convencidos de que las mujeres tienen alas podían

⁴ En *The Book of the 1001 Nights and a Night*, de Burton, ob. cit. pág. 59. [En la traducción de Juan Vernet, ob.cit., pág. 876. (N. de la T.)]

⁵ En *The Book of the 1001 Nights and a Night*, de Burton, ob. cit., pág. 61.

⁶ *Ibidem*.

⁷ En *The Book of the 1001 Nights and a Night*, de Burton, ob. cit., pág. 61.

crear algo tan terrible como un harén, una prisión con apariencia de palacio.»

Cada vez que surgía este tema de conversación, para mi gusto demasiado a menudo, yo intentaba tranquilizar a Kemal recordándole que los hombres en el Occidente cristiano no encerraban a las mujeres en harenes. Pero, lejos de calmarle, este argumento le ponía furioso. «No sé qué tendrán en la cabeza los occidentales. Pero sí te puedo decir que habrían construido harenes si hubieran visto a las mujeres como un poder incontrolable. ¿Es posible que en sus fantasías los occidentales imaginen que las mujeres no tienen alas? ¿Quién sabe?». Aquellos debates encendidos que provocó «La mujer del vestido de plumas» continuaron a lo largo de nuestros años de estudios y aun después, cuando ya Kemal y yo nos habíamos convertido en dos adultos y habíamos empezado a trabajar como profesores en la misma Universidad Mohamed V. Aunque nos especializamos en campos diferentes (Kemal en literatura árabe medieval y yo en sociología), comprendimos que la fantasía, cuando se expresa a través de la narración oral, posee un poder extraordinario. Y decidimos usar esa idea como elemento estratégico para entender la dinámica del mundo árabe actual. Redescubrimos el poder de nuestras madres como contadoras de cuentos al escuchar a nuestros alumnos, los cuales, en los años setenta, provenían en su mayor parte de los barrios de chabolas de Casablanca y de Rabat, donde las familias, recién emigradas, no disponían ni de electricidad ni, por lo tanto, de aparatos de televisión. Si las madres en las grandes ciudades abastecidas de electricidad estaban perdiendo la capacidad de contar cuentos y veían a sus hijos caer presa de la televisión y de las fantasías de Hollywood, no era este el caso de la mayoría menos afortunada. Animé a los estudiantes de sociología a reunir cuentos de la tradición oral de las remotas áreas montañosas del Atlas y del

desierto del Sahara, y pedí ayuda a expertos en literatura para decodificarlos, de modo que a Kemal y a mí se nos presentó de nuevo la ocasión de colaborar, es decir, de llevarnos continuamente la contraria hasta que topábamos con un *lawami*, una de aquellas revelaciones fascinantes que a menudo surgen en medio de encendidos debates académicos. Lo que desconcertaba a estudiantes y profesores por igual era que en la mayoría de las fábulas orales los hombres y las mujeres estaban a menudo en pie de guerra, y que el sexo más inteligente rara vez era el que las autoridades religiosas habrían escogido. Si las leyes musulmanas otorgan a los hombres el derecho de dominar a las mujeres, en las fábulas orales parece que sucede justo lo contrario.

Nunca tuve tan presentes las conversaciones apasionadas y llenas de tensión que mantuve con Kemal como cuando hube de enfrentarme con la mirada inquisitiva de los periodistas occidentales que conocí durante aquella memorable gira promocional. Lo que no podían ellos imaginar era lo frágil que me sentía tras el maquillaje y mis pesados abalorios de plata. Supongo que uno de los motivos por los que me sentía tan frágil era que había descubierto que no sabía nada sobre los occidentales, y menos aún sobre sus fantasías. Aquellas sonrisas enigmáticas cada vez que yo pronunciaba la palabra harén me desconcertaban terriblemente. Queriendo disimular mi fragilidad, cargaba con más brazaletes de plata y me ponía aún más barra de labios de Chanel, para dar la imagen de viajera segura de sí misma que Yasmina quiso que fuera.

¡EL HARÉN A LA OCCIDENTAL
ES UN SITIO MUY SENSUAL!





Hasta el momento de vivir aquella gira promocional nunca había sido tan consciente de cómo una sonrisa puede delatar nuestros sentimientos más íntimos. En la cultura árabe se considera que, sobre todo, son los ojos los que nos traicionan. «Es el ojo puerta abierta del alma, que deja ver sus interioridades, revela su intimidad y delata sus secretos», escribió Ibn Hazm, un experto en el amor¹. Por eso me enseñaron que bajar la mirada es una buena táctica para una mujer, ya que de este modo los hombres nunca podrán saber lo que está pensando. O sea, que la modestia característica de las mujeres árabes no es más que una táctica. Sin embargo, descubrí que una sonrisa puede ser tan delatora como los ojos. Por otra parte, las sonrisas de aquellos periodistas no eran todas iguales: cada uno expresaba, según su nacionalidad, una mezcla diferente de sentimientos.

Si tomamos en consideración los tipos de sonrisas, podemos dividir el mundo occidental en dos grupos: los norteamericanos y los europeos. Las sonrisas norteamericanas mostraban un azoramiento genuino y evidente. Fuera cual fuera su idea del harén, tenía que ver con algo que les daba vergüenza. En cuanto a las sonrisas de los europeos, varia-

¹ Ibn Hazm, *El collar de la paloma*. Para el purista que desee leer el original en árabe (merece la pena, pues traducirlo es necesariamente una traición), véase *Tawq al Hamama: Fi al-Alfa wa I-Ullaf*, editado y presentado por Farooq Sa'd, Machourat Maktabat al Hayat, Beirut, 1972, pág. 70. [La autora ha extraído el fragmento de *The Ring of the Dove: A Treatise on the Art and Practice of Arab Love*, traducida al inglés por A. J. Aberry, Litt. D., F. B. A., Luzac & Company Ltd., Londres, 1953, pág. 34. El texto en castellano que aparece aquí es el de la versión realizada por Emilio García Gómez, traducción prologada por J. Ortega y Gasset, Alianza Editorial, Madrid, edición de 1997, pág. 143. (N. de la T.)]

ban entre la actitud reservada y cortés de los nórdicos y la exuberancia desenfadada de los del sur. Los matices entre ambos tipos de sonrisa europea fluctuaban dependiendo de la lejanía del país originario del periodista respecto del mar Mediterráneo: los franceses, los españoles y los italianos tenían una mirada entre divertida y coqueta; los escandinavos y los alemanes, a excepción de los daneses, manifestaban sorpresa y cierta conmoción. «Pero ¿es verdad que nació usted en un harén?», me preguntaban con los ojos como platos, medio perplejos, medio asustados.

«Yo nací en un harén.» Así comienza mi libro, y parece ser que en esa frase radicaba el misterioso problema. En efecto, cualquiera que este fuera, todo el que me entrevistaba, sin excepción, empezaba la sesión preguntándome, como si de una fórmula mágica se tratara: «Bueno, así que ¿es verdad que nació usted en un harén?». Me miraban con tal intensidad que quedaba claro que no querían que eludiera la cuestión. Como si hubiera un secreto vergonzante detrás de aquello. Para mí, la palabra harén no solo es sinónimo de la institución de la familia, sino que además nunca se me ocurriría asociarla ni con diversión ni con algo jovial. Al fin y al cabo, el verdadero origen de la palabra árabe *haramí* se refiere literalmente al pecado, la frontera peligrosa donde chocan la ley sagrada y el placer. *Haram* es lo pecaminoso e ilícito. *Haram* es lo que la ley religiosa prohíbe. Lo contrario es *halal*, es decir, lo permisible. Evidentemente, al viajar a Occidente la palabra árabe *haram* debió de perder aquella connotación de peligro, pues me parecía que la asociaban con la euforia, con la ausencia de constricciones. En su versión del harén se vive el sexo sin carga alguna de ansiedad.

De pronto me sentí atrapada en una situación extrañamente solemne y dramática, ajena por completo a la rutina de entrevistas promocionales que mis editores habían orga-

nizado. Notaba que si decía: «Pues sí, nací en un harén», iba a causar un problema no solo a los periodistas, sino, también a mí misma al darles pie a reírse con aquellas sonrisas que «sus» harenes les suscitaban. Pero ¿qué clase de problema?, me preguntaba. Mi intuición femenina, que se pone a funcionar a toda velocidad cada vez que me veo en situaciones insólitas, me alertaba de las connotaciones sexuales existentes bajo aquellas sonrisas y a las que yo era ajena por completo. Los periodistas tenían en mente un harén bastante peculiar que yo no era capaz de ver. Para conocer el punto de vista de una mujer occidental llamé a Christiane, mi editora francesa en París, y le conté lo de las enigmáticas sonrisas.

«Sus sonrisas tienen algo que ver con el sexo, claro», me dijo. Y entonces añadió: «¿Por qué no les animas a que te den su opinión?».

Y así fue como decidí trastocar los papeles y empezar yo a entrevistar a los periodistas. «¿Por qué se sonríe usted? —preguntaba con dulzura cada vez que uno me daba muestras de cierta animación—. ¿Qué le parece tan divertido de un harén?». El intercambio convirtió a mis entrevistadores en fuentes de información, y enseguida comprobé que no estábamos hablando de lo mismo: los occidentales tenían su propio «harén» y yo el mío, y no se parecían en nada.

Su harén era un festín orgiástico en el que los hombres conseguían un verdadero milagro: el de obtener placer sexual sin problema, sin resistencia, con unas mujeres a las que habían reducido a la esclavitud. En los harenes musulmanes los hombres saben que las cautivas lucharán con uñas y dientes para defenderse y evitar que lleven a cabo sus planes eróticos. Lo cierto es que los occidentales se referían sobre todo a harenes imaginarios, como los representados en cuadros y películas, mientras que yo más bien pensaba en los alcázares, en los harenes enclaustrados entre